

Kōbō Abe

El hombre caja

Traducción del japonés de
Ryukichi Terao

Con la colaboración de
Gregory Zambrano

 Siruela

Nuevos Tiempos

«Una redada de vagabundos en Ueno: ciento ochenta detenidos en la madrugada»

En vísperas de la encerrona invernal, la comisaría de Ueno, en Tokio, ha alertado sobre el caso de los sucesivos homicidios, cometidos por el supuesto asesino «Pistolero número 109», que llevó a cabo en la madrugada del día 23 en una redada de vagabundos que deambulaban por el Parque Ueno del distrito Daito y por los pasillos subterráneos de la estación Ueno, de la Red Nacional y del Ferro-Keisei. Bajo acusaciones de delitos como vagancia, ingreso en la zona prohibida y ocupación ilegal del espacio público, detuvieron in fraganti a ciento ochenta personas que se encontraban en la parte trasera de la Casa de Cultura, ubicada dentro del parque, y en los túneles de la estación. Al llevarlos todos a la comisaría, tomaron fotos de sus rostros y sus huellas dactilares. Con la ayuda del Bienestar Daito, cuatro de los vagabundos, que se declararon enfermos, fueron enviados a un hospital cercano, y nueve a un asilo de ancianos. El resto fue liberado después de firmar el juramento de no volver jamás a la vagancia. Sin embargo, parece que la gran mayoría regresó a los mismos sitios en los que habían sido detenidos en menos de una hora.

«Mi caso»

Ésta es la crónica de un hombre caja.

Acabo de empezar a redactar esta crónica dentro de una caja de cartón que, puesta sobre la cabeza, me cubre medio cuerpo con holgura, justo hasta la cintura.

Es decir, el hombre caja, de momento, soy yo; acomodado dentro de la caja, el hombre caja redacta la crónica sobre el hombre caja.

«Proceso de fabricación»

Materiales:

Caja de cartón: una

Tela de vinilo (semitransparente): 50 cm²

Tela adhesiva (impermeable): aproximadamente, 8 m

Alambre: aproximadamente, 2 m

Herramienta:

Una navaja para cortar

(Aparte, se deben incluir, como vestimenta formal para salir a la calle, tres costales desgastados y un par de botas de trabajo, de hule.)

En cuanto a la caja de cartón, sirve cualquiera que tenga más o menos un metro cuadrado, y alrededor de un metro treinta centímetros de altura, aunque lo ideal, en el momento de utilizar, es el modelo estándar, comúnmente conocido como «tamaño cuarto»: en primer lugar, es fácil de conseguir; en segundo lugar, es de manufactura resistente, pues está diseñada en principio para cargar productos amorfos –objetos flexibles como comestibles y utensilios–; en tercer lugar, lo más importante, no es fácil distinguir una caja de la otra. De hecho, la mayoría de hombres caja que he conocido hasta ahora utilizan el «tamaño cuarto»,

porque cualquier particularidad puede perjudicar el anonimato propio de la caja de cartón.

Salvo en temporadas de lluvia, no hay necesidad de ser exigente para escoger la caja, ya que los productos recientes, aun cuando sean ordinarios, son bastante fuertes y están hechos a prueba de agua; al contrario, un producto corriente, ligero y transpirable, puede ser mucho más útil. Sea cual sea la temporada, a quienes prefieran usar una sola caja durante mucho tiempo les recomiendo las forradas «a la rana», fabricadas con una capa de vinilo en la superficie para resistir el agua, como está implícito en su nombre. Este modelo, que reluce con brillo aceitoso cuando es nuevo, resulta llamativo tanto por el polvo acumulado sobre la capa, que origina con frecuencia descargas de electricidad estática, como por los relieves ondulantes de los cortes, más gruesos que los del modelo ordinario.

No existe tal cosa como el procedimiento normal, pero lo primero que hay que hacer es decidir, sea por estampado o por cantidad de rasguños, cuál va a ser el lado de arriba y abrir el fondo, según el gusto de cada cual. Cuando llevan muchas pertenencias, pueden doblar, en lugar de cortarlas, las dos solapas hacia el interior y fijarlas por los extremos con alambre y tela adhesiva para convertirlas en envases. Luego, hay que tapar las partes descubiertas del corte –tres en el cielo raso y una al lateral, que sirve de lazo– con la tela adhesiva.

Ahora viene la fase más difícil, que consiste en perforar la mirilla. Para empezar, hay que determinar el tamaño y la ubicación. Lo que planteo a continuación no son más que cifras aproximadas, que pueden variar según la complexión corporal y el gusto de cada uno. La posición más cómoda será fijar el borde superior como a 14 centímetros del techo y el inferior a 28, y dejar un hueco de unos 42 centímetros de ancho. Restando el grosor del forro –una revista vieja, en mi caso– para sostener la caja encima de la cabeza, la altura de las cejas queda más o menos a 14 centímetros del techo. Quizá les parezca que una ubicación tan baja podría obstaculizar la visión, pero, ya en la vida cotidiana, pocas veces se sienten urgidos a alzar los ojos. En cambio, siempre tienen que estar atentos a sus pies, donde suele haber mayores peligros. Un hombre, con el cuerpo erguido,

tiene dificultad para caminar, si no alcanza a ver, por lo menos, un metro y medio de terreno delante de sus ojos. Por otro lado, no hay razón específica para determinar la anchura; se trata de una decisión al azar después de haber considerado la resistencia de la caja y la necesidad de ventilación. De todas maneras, la mirilla debe ser lo más pequeña posible, ya que el espacio está desfondado.

Lo que sigue es cubrir la mirilla con la capa de vinilo semi-transparente. Aquí deben aplicar un truco especial; en resumidas cuentas, sólo hay que pegarla desde el exterior al borde superior con la tela adhesiva y dejar suelto el resto, no sin trazar de antemano una línea de corte vertical, que después será de utilidad inesperada. Justo en el centro, con un par de milímetros de superposición. Esta parte sirve de venda para proteger los ojos de miradas ajenas, siempre que la caja se mantenga en posición vertical. Con apenas un poco de inclinación, se abre el hueco que les permite mirar desde el interior. Como es un truco sencillo pero muy sutil, deben preocuparse seriamente por la calidad del vinilo. En primer lugar, tiene que ser grueso y flexible; no sirve una baratija que se endurezca con cambios de temperatura, ni una que sea demasiado delgada. Se requieren suficiente peso y flexibilidad como para posibilitar, según el grado de inclinación de la caja, un manejo libre de la anchura del hueco y, al mismo tiempo, bloquear hasta cierto punto la corriente de aire. Este hueco de vinilo, lejos de ser un simple agujero de mirones, equivale, en el caso de un hombre caja, a los movimientos de los ojos. Es tan expresivo que podrán manifestar con pequeñas maniobras sentimientos variados, que, huelga decirlo, pocas veces son agradables. Las miradas más feroces no serían capaces de resistirse ante la indiferencia cruel de este hueco que, estoy casi seguro, es una de las pocas autodefensas de que disponen los hombres caja, siempre desamparados. Me gustaría conocer en persona a la gente capaz de permanecer inmutable ante la mirada ahuecada de la caja.

Será buena idea, para los que frecuentan el bullicio callejero, perforar orificios en los laterales; es decir, desparramar con un clavo grueso el mayor número posible de agujeritos en el perímetro, como de 15 centímetros en redondo, dejando suficiente

espacio para no perjudicar la resistencia del cartón. Además de servir como mirillas auxiliares, estos agujeros permiten captar los sonidos con más facilidad. Quizá convenga perforarlos del interior al exterior para protegerse de la lluvia, aunque esto afea un poco la apariencia.

Por último, partir el alambre en tres pedazos de 5, 10 y 15 centímetros y doblar los extremos de cada uno en direcciones contrarias para que sirvan de ganchos al clavarse a la pared. Las pertenencias deben ser mínimas, pero hay tantos objetos indispensables, tales como radio portátil, taza de té, tetera, linterna, toallas y cajita de herramientas, que siempre tendrán dificultad en el momento de ordenarlas en un espacio tan limitado.

No hay nada que decir sobre las botas de hule; es suficiente con que no estén agujereadas. Los costales son para enrollarse la cadera; podrán andar más ligeros al tapar con los tres sobrepuestos el espacio entre la caja y el cuerpo. Es mejor dejar abierta la parte de la bragueta para mayor comodidad y para evitar problemas en casos de necesidad fisiológica.